

# RICARDO WIESSE

EL PINTOR DEL DESIERTO

## **Nota del Director**

“Tres Arenas” es el título de la exposición que hiciera el Pintor Ricardo Wisse este año en el Instituto Cultural Peruano Norteamericano (IPCNA). La presente nota constituye un homenaje a uno de los pintores peruanos contemporáneos más importantes y al que nos une paisajes tan hermosos como son los desiertos.

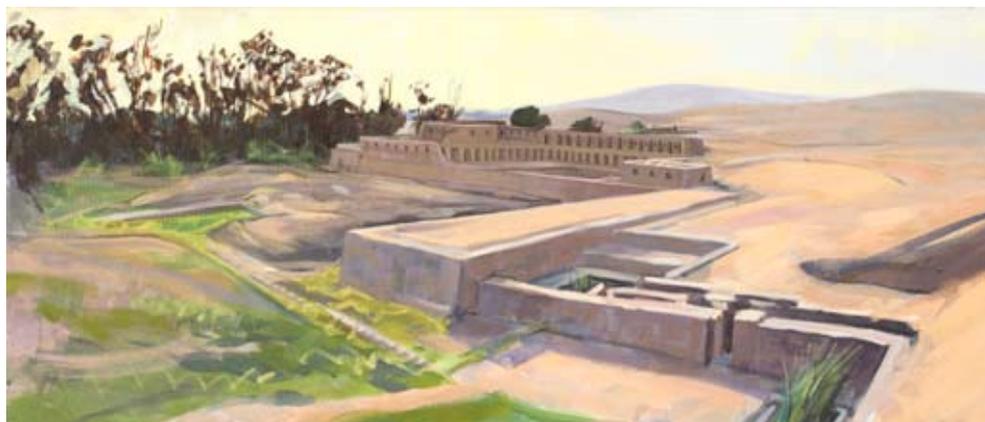
Juan Torres Guevara

## ***Note by the Director***

*“Tres Arenas” is the title of the exhibition that was made by the painter Ricardo Wisse in the North American Cultural Institute of Peru (IPCNA) this year. This note is a small tribute to one of the most important contemporary Peruvian painters, who is join us due to his beautiful landscapes such as deserts.*

Juan Torres Guevara

Texto que leyó Luis Alfredo Agusti en la presentación del catálogo de “Tres Arenas” (Galeria Germán Krüguer Espantoso ICPNA, Miraflores, Lima de 13 de febrero 2008)



Pachacámac, Acllahuasi, 2006. Acrílico sobre tela. 50.5 x 120 cm.

## Tres Arenas

Líneas sucesivas. Ritmos texturados. Superficies roturadas de radical sequedad. Planos superpuestos que desafían el ordenamiento de la percepción. Alusiones cromáticas al desierto y el agua. Formatos bidimensionales. Abstracción.

El visitante de Tres arenas comienza el recorrido confrontándose con el lenguaje abstracto, altamente identificable, que Ricardo Wiesse emplea desde hace casi tres décadas. Vista cenital del desierto costero que remite a la mirada de quienes trazaron los geoglifos sobre la pampa de Nazca, o la documentación aerofotográfica de Paul Kosok en tiempos más recientes. Las arenas contenidas en el formato incitan al tacto a secundar a la vista en este viaje por tablazos calcinados paradójicamente adyacentes al mar, salpicados de valles como islotes de vida. Sin embargo, la mano del espectador habrá de inhibirse de sentir la textura, por el respeto debido a la obra exhibida. Por otro lado, la inmensidad del desierto traída a la escala museística lo podría llenar de interrogantes sobre su acaso débil relación con el paisaje del que, quiéralo o no, sépalo o no, forma parte actuante.

Rectángulos y fondos contienen porciones del paisaje donde convergen la macrohistoria y la microhistoria. En efecto, el artista rinde tributo al escenario de un devenir cultural de siglos, donde se hundían asimismo las más profundas raíces personales. La contemplación

asombrada de naturaleza y arqueología, que se remonta a la niñez en las idas y venidas al valle de Chao, nutre una necesidad expresiva que se resolverá en clave de abstracción, una de las retóricas fundamentales del arte moderno de Occidente. Las herramientas del arte culto se dignifican esta vez al ponerse a disposición de esta causa a la par motivada por pulsiones individuales y por las urgencias de un destino colectivo. Una inusual densidad ética atraviesa la obra de Wiesse; es un aura de decencia artística que se respira en esta sala, donde la discreción y aun el refinamiento del lenguaje abstracto no impiden presentir una inocultable dimensión política. Al final de este recorrido, al llegar al santuario, se hará más palpable el reclamo.

El trabajo de Wiesse, prescindiendo de discursos literales, apartándose asimismo de frágiles cánones de moda, constituye un alegato en pro de una toma de conciencia acerca de responsabilidades secularmente escamoteadas en materia de respeto al paisaje y la cultura milenaria en él desarrollada. Las tres secciones de la muestra resultan de este modo conectadas. El desconcierto motivado por las diferencias formales, por la multiplicidad de recursos técnicos puede resolverse a la luz de esta consistencia, de este bajo continuo, en el nivel de la trama intencional. Es la coherencia de esta lo que le permite al artista adentrarse sin reparos en el paralelismo de los discursos abstracto y figurativo, así como en el terreno de la experimentación con los materiales, en el juego formal entre bidimensionalidad y volumen donde los límites entre pintura y escultura se hacen bordes permeables. Así, a continuación de la amplia sección de obras abstractas se despliega un interludio –etimológicamente, y en el sentido musical de pieza ejecutada entre dos mayores– de ensamblajes donde, por así decirlo, las texturas se tridimensionalizan y el artista desvela un ánimo fresco de colores vibrantes y formas adosadas a la pared que penetran el espacio.

El visitante de la muestra, impresionado por las mutaciones formales del gran discurso abstraccionista y matérico, será sometido a la prueba final. Para aquel familiarizado con el trabajo de Wiesse, el desafío ya le fue planteado el año 2001, en la muestra Pachacámac pintado, bipersonal presentada con el artista croata Dare Dovidjenko. En aquella ocasión, se pensó que el artista, acaso confrontado con el agotamiento de las posibilidades expresivas de la abstracción, daba un brusco golpe de timón en su carrera. Se trataba, es evidente, de otra retórica visual; pero, más que la cancelación de un lenguaje y su reemplazo por otro supuestamente contrario, lo que Wiesse proponía en esa exposición era la posibilidad de articular un único discurso, un eje temático sostenido –el bajo continuo antes mencionado–, mediante dos retóricas visuales coexistentes. Sería una grave omisión soslayar que nuestro artista había asimilado las enseñanzas de la pintura de caballete desde los tiempos de su formación profesional en la Universidad Católica, guiado por maestros como Winternitz y Alayza. Sobre esta base, y bajo el influjo de Hayter, en cuyo Atelier 17 de París Wiesse se perfeccionó a inicios de la década de 1980, se consolidó la opción abstraccionista que lo dio a conocer en el circuito local durante los dos decenios siguientes. En suma, el artista sólidamente formado reasumía la figuración –cargada, ciertamente, de la gestualidad de una

pincelada libre y de densidad material en la aplicación del óleo—, sin que esto implicara el descarte del ejercicio de la abstracción lineal y aun de las indagaciones en soportes y formatos alternativos. Es a esta sorprendente modulación de la retórica visual a la que seguramente se enfrentará el espectador que por primera vez se aproxime al trabajo de Wiesse. Pero tanto el iniciado como el neófito serán puestos a prueba por la seriedad de un compromiso sostenido y prolífico.

La tercera sección de *Tres arenas* está conformada por una antología, breve en comparación con el corpus acumulado, pero significativa, del trabajo realizado in situ por Wiesse en el santuario de Pachacámac. Efectivamente, no se trata de un registro del lugar desarrollado a posteriori en la tranquilidad del taller, sino de un proceso pictórico materializado por completo al aire libre, con arreglo a las condiciones de luz cambiante, viento y otras, como queda plasmado en el autorretrato de 2001. En este, el artista se representa de cara al vestigio arqueológico y al paisaje, en plena actividad. Lejos del peligro narcisista que entraña siempre el autorretratarse, la figura del pintor se yergue digna pero relativamente pequeña, ante la majestad de los objetos de su representación. En primer plano, la arena de sutiles gradaciones de ocre, en la cual asoman fragmentos del muro derruido que conserva, no obstante, la solemnidad del oráculo mayor del mundo prehispánico. El artista, en segundo plano, aparece concentrado en lo suyo, en el lugar que ha decidido ocupar y con cuya defensa se encuentra comprometido. Más atrás, otros restos de edificaciones emergen de la duna; sugieren que el trabajo de Wiesse en este lugar le seguirá demandando enorme esfuerzo y no tiene plazo fijo. Al fondo, un valle cuyos verdes contrastan con la sequedad del entorno; y por último, unas estribaciones de los Andes que la distancia desdibuja en sutiles variaciones de violeta.

Es este autorretrato, en suma, la obra que constituye una declaración de principios, firme pero sin estridencias. Un artista que ha centrado sus esfuerzos en la documentación de un patrimonio de naturaleza y cultura que las preocupaciones corrientes desconocen en su grandeza material y simbólica. Una trayectoria que va desde la adquisición del bagaje intelectual y los recursos técnicos hasta la reivindicación presente de la vocación experimental; desde la asunción del legado prehispánico hasta la conjunción con la tradición occidental. Una presencia activa en la escena plástica nacional que evade la entronización del ego y, más bien, vincula su trabajo con la urgencia de forjar un destino compartido, una sociedad en la que merezca la pena vivir. Una modulación del registro expresivo que puede acaso desconcertar, pero que reivindica la dimensión libre del trabajo, sin preocuparse demasiado por la pretendida unicidad del discurso, y también una defensa del matiz lúdico indispensable en la práctica del arte más serio. Una temática sostenida, que se yergue en medio de los cambios formales y de perspectiva, desde la mirada a vuelo de pájaro hasta el punto de vista del caballete clavado en la arena. *Tres arenas*. Un único desierto.



Pachacámac, Punchao Cancha, 2003. Óleo sobre tela. 69 x 149 cm.



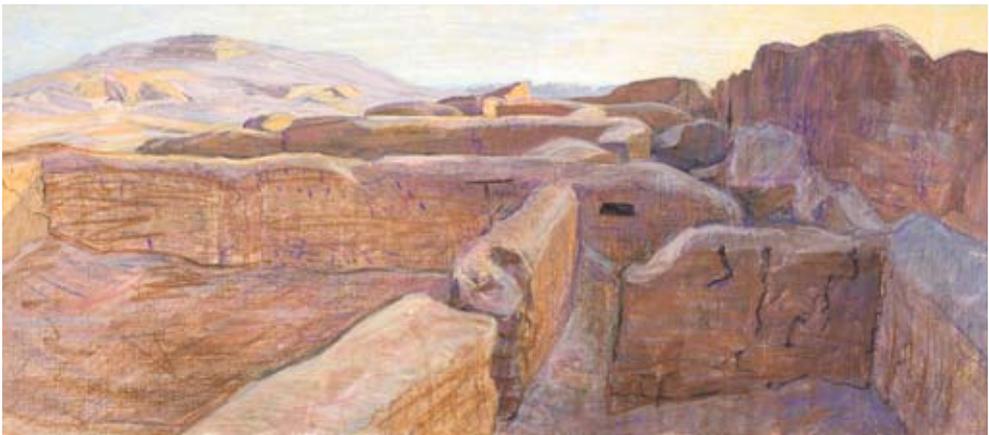
Pachacámac, Pirámide Nº 2, 2006. Acrílico sobre tela. 60 x 140.5 cm.

Wiesse

# Tres Arenas



Pachacámac, Templo del Sol, 2006. Óleo, temple, pigmentos y marmolina sobre tela. 60 x 140 cm.

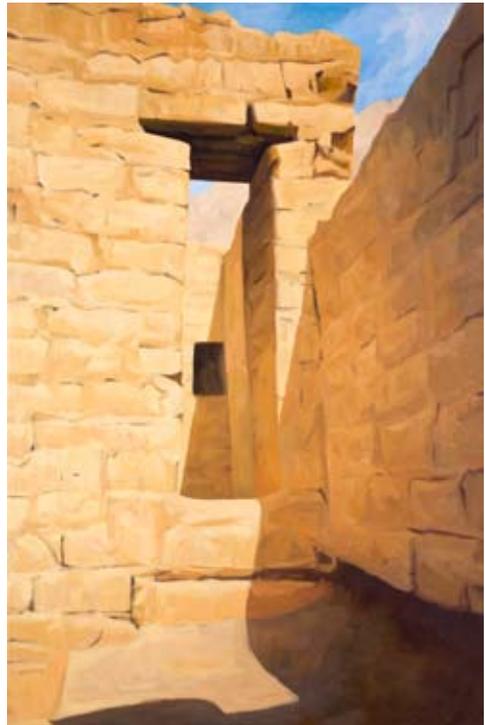


Pachacámac, Sector central, 2006. Acrílico y óleo pastel sobre tela. 59.5 x 140 cm.



Autorretrato en Pachacámac, 2001. Óleo sobre tela. 157 x 142 cm.

Wiesse



Puerta de Uquira, 2004. Óleo sobre tela. 164 x 107 cm.